

RESCATE DE AUTOR



39



ESTE LARGO CAMINO" DE VÍCTOR PINTOS



ILUSTRACIÓN DE SANTIAGO TREJO. A continuación, una selección de fragmentos del último libro de Víctor Pintos, escritor, productor discográfico, periodista y director de la web rocker más importante del país. Algunas páginas para visitar escritos inéditos y recuerdos de Atahualpa Yupanqui, a cien años de su nacimiento.

El destino de un nombre

Era yo un muchachito, introvertido, pobre y solitario, cuando comencé a firmar ingenuos versos con este nombre que hoy me lleva por el mundo, sacrificadamente, que me aleja de la pampa y después me la entrega, sagrada y alta, como un cáliz en el rito. Yupanqui: "Has de contar", "Narrarás". Tal la sentencia de los Amautas en la lengua granítica del Ande. Así, la lectura de tales tradiciones auspició mis vigiliadas de adolescente.

Pero, ¿qué podía yo narrar a los quince años, si el universo tenía sus fronteras a seis leguas justas de la puerta de mis padres?

¿Cómo entender la enorme dimensión de una voz que reclama los arduos trabajos, paciente aprendizaje con ancianos de cobrizo rostro, meditar bajo misteriosas constelaciones, usar en las montañas una piedra como almohada, tañer una flauta de caña sin lastimar al silencio, oír una guitarra donde la tierra guarde sus secretas leyendas?

Así, mientras caminaba la Patria aprendiendo a entenderla, me di a la difícil tarea de honrar-me cantándola.

Así, pasé cincuenta años rastreando, en danzas y melodías, el dolor y la gracia de los pueblos.

"Has de contar..." "Narrarás..."

Recién ahora, en el otoño de mi existencia, con muy largos caminos andados, con muchas noches sin poncho, puedo asumir el destino de este nombre que me lleva con él, mundo afuera y mundo adentro. Recién ahora, pausadamente y con amor sereno, puedo decir: "Había una vez..." Y empezar a contar.

Apenas Buenos Aires

Caminé aquel Buenos Aires anterior al año 30. Escuché, desde la vereda de la angosta calle Corrientes, a casi todas las orquestas de la ca-

pital. Caminaba la noche por todos los barrios buscando trabajo, estableciendo relaciones con cantores y guitarristas, con periodistas, con provincianos nobles y también con otra clase de gente: conocí la amistad y la ayuda de rateros, de ladrones de tranvías, de carteristas, de gente "calavera".

Hacia menos de una semana que estaba en la gran ciudad cuando conocí el calabozo de una comisaría. Yo ganaba mi vida tocando la guitarra, sin cantar, en los boliches de Avellaneda, de Puente Alsina, de Boedo y Chiclana, del Bajo Belgrano. Dondequiera que me daban permiso, me sentaba entre parroquianos, obreros, gente de paso de las tabernas sin importancia, y tocaba la guitarra. No esperaba ni exigía silencio. Sólo tocaba, y siempre en forma confidencial, sin bulla en el instrumento, sin brillantéz alguna. De 30 personas, seis me alcanzaban una moneda. Y cuando me ofrecían un trago de algo, yo, que en aquellos años no bebía nada de alcohol, pedía un vaso de leche. Era mi alimento, mi solo alimento.

Usaba una pequeña guitarra desprotegida. No tenía estuche o cofre para guardarla. Una noche, en la calle Corrientes que crujía como terremoto cuando pasaba un verde tranvía Lacroze (que muchas veces me sirvió de dormitorio a cinco centavos el viaje "de obrero"), llegué hasta la pieza de un amigo y le confié la guitarra por esa noche solamente. Tenía en mi poder algo así como un peso y 20 centavos. Comí un pedazo de queso y un vaso de leche, y con el peso restante hice un gasto extraordinario: me fui al teatro de la calle Esmeralda a escuchar a

Carlos Gardel, que había llegado de Europa. Disfruté enormemente durante casi dos horas. Yo, que nunca fui tanguero, que jamás aprendí a tocar un pedacito de tango, recibí con fuerte emoción la voz de Gardel, su acento, su forma de marcar las palabras, su temperamento, su simpatía desbordante, su calidad de artista nacido para producir, en ese género, la más pura belleza popular.

Como decía mi amigo Reguera, "engordé de emoción escuchando cantar". Me paré a medianoche en la vereda de Los 36 billares. Llegaba hasta la calle el rumor de los bandoneones del bar vecino. Eran Aieta, o Minotto, o los hermanos Scarpino, o Vardaro-Pugliese.

Un rato después, con amigos de caras emocionadas y felices, pasaba con paso lento don Carlos Gardel. Todos lo saludaban al pasar. Gardel era como Buenos Aires después de haberse confesado, con penas y nostalgias, con rabias y amores. El alma de la ciudad cabía en él, honrosamente. Yo me había quedado sin un centavo, estaba cansado pero feliz, conmovido, agradecido de la

noche. Había ganado la noche. Nada perturbaba mi mundo sensible. ¡Qué noche memorable! Caminando por la calle Lavalle, llegué hasta el teatro Colón. Frente a él, la plaza Lavalle. Me senté a descansar, a ordenar mis adentros. Y sin darme cuenta, me quedé dormido. No sé cuánto rato le concedí al sueño. Pero una mano firme me tocó el hombro. Era un policía, y creo que serían ya las tres de la madrugada. El hombre me pidió documentos. Se los mostré. Me los devolvió enseñada, diciéndome: "Acom-

"Y si uno tiene la entereza de enfrentar la verdad profunda, es posible que la música cobre al fin de los tiempos una condición muy elevada..."

páñeme". Y me llevó a la seccional tercera de la Policía. Allí expliqué los asuntos de mis pobres trabajos y justifiqué, con el billete del teatro, las horas anteriores. Pero me tuvieron hasta el mediodía siguiente. Me dejaron libre con un consejo serio: "Aquí no queremos vagos". Salí lleno de vergüenza y rescaté mi guitarra de la pieza de Páez, hombre de la noche, que dormía como un lirón. Y me fui a los barrios, buscando tabernas para ganarme la vida.

La guitarra

En un tiempo, antes de ser guitarra, antes de que la madera fuera ahuecada, la guitarra fue simplemente un trozo de un árbol. Integró el cuerpo de un árbol determinado, un abeto azul, un jacarandá. Y ese árbol no era solitario, no estaba solo en una colina, sino que formaba parte de una pequeña selva, de eso que llamamos monte. Y ahí ese árbol era vecino de otros de todo tipo y especie, de hojas percederas o no percederas, de madera dura o madera blanda, de madera que absorbe la humedad o de madera que la conserva. Ahí vivía la guitarra antes de ser guitarra. Y ese pedazo de madera integrante de la selva tiene que haber recibido un gorjeo de algún ave al atardecer, o al amanecer, o al mediodía. De toda clase de pájaros a toda hora del día. Toda la selva recibió el cántico de pájaros a lo largo de los años, de pájaros que han cantado con frío en invierno, con sol, con siestas, con sustos, con coraje y en primavera con amor, con polluelos, con hijos o sin hijos. El cántico del ave ha sido siempre el elemento. Y a la madera sensible



se le ha recontrapenetrado ese cántico. Alguna vez la hacharon, alguna vez se cayó y la usaron, la ahuecaron, la pusieron a templar como tabla y alguna vez la formaron. Pero es una madera llena de infinitas vibraciones, y de qué vibraciones: miles de horas de canto de pájaros. Y así se formó la guitarra. Y cuando se hizo instrumento, llegó a las manos de gente de distinta condición: virtuosos, hábiles, ávidos de encontrar algo que los ayudara en la vida, o a conformar su destino o su mensaje, o a consolar su soledad. Mil asuntos, mil razones por las cuales se inclinaba hacia ese instrumento llevo de vibraciones y con tanta tradición. Y no faltará seguramente los que le adjudicaban a alguna gente la virtud de enriquecer el canto de la guitarra. "Fulano de Tal hace hablar a la guitarra, la hace cantar, la hace decir..." o "escuchar ese guitarrista es una enseñanza para los demás". Pero la guitarra ya venía con una multitud infinita de vibraciones. Como las catedrales, que no precisan tenores para tener ley acústica. La guitarra estaba plena de sonidos. Entonces, ¿no será en cierto modo una pretensión del ser humano que se acerca a la guitarra, decir que es el hombre el que está enriqueciendo su sonido, su misterio, su buena disposición para decir cosas? Ella todo lo sabe, no tiene un secreto para ocultar. Todo lo atesoró y todo lo da. Aunque a veces se niega. Cuando una mano no la merece, la guitarra se puede negar. A veces dicen: "esta guitarra no me dice...". Lo he oído: "esta guitarra es muy buena, está bien construida, pero a mí no me dice..." ¿No será que esa persona no ha hecho nada para merecerla? Quizá le ha faltado unción, la condición del ruego callado, el decir "ayúdame" sin decir la palabra, el acercarse para que el instrumento le ayude a transmitir tal o cual

asunto que tiene algo que ver con el sentimiento humano. Si es así, la guitarra siempre lo ayudará. Pero si es por un simple afán de lucimiento, es posible que ese instrumento noble y sencillo no quiera complicarse en lo que no entiende. La ambición humana no la entiende ni la entenderá nunca, porque viene de otra cosa infinita, de una enorme libertad de expresarse con un gran albedrío que tiene todos los colores y todos los mejores destinos.

Yo he escuchado alguna vez con respecto a la caja vidalera, a un señor que golpeaba dos veces la caja y se la ponía al oído, y escuchaba su resonancia a ver si correspondía empezar a cantar, y decir: "No cuenta, eh, no me dice, ¿Tenés otra?". ¿Qué no le deda? ¿No había correspondencia? ¿El hombre no se daba cuenta de que la caja le estaba negando una comunicación? Nunca se habría echado la culpa a sí mismo porque el hombre tiene esa soberbia mal encausada que le hace sentir "la culpa no es mía sino del aparato".

Y así es la guitarra. Cuando ve que el hombre no está preparado para entender lo cósmico, la consustanciación entre el misterio del instrumento y el anhelo del hombre, la guitarra se queda callada y deja al hombre en el aire, como diciendo "no entiendo ese idioma...".

Si yo no estoy digno algún día, la guitarra me lo va a hacer sentir. Y si uno tiene la entereza de enfrentar la verdad profunda, es posible que la música cobre al fin de los tiempos una condición muy elevada, muy hermosa, y se salve de la mercantilización de una habilidad o un virtuosismo. Yo pienso por ahí, quién sabe. Puede ser. 🍷

Atahualpa Yupanqui. Este largo camino. (Memorias) Rescate de Víctor Pintos Editorial Cántaro © 2008

TRIPLEDUBLEVÉ
www.victorpintos.com.ar
www.atahualpayupanqui.org.ar



Víctor Pintos